

á cátedras, jefe casi superior de Administración, premiado con rosa de oro en el Centenario de Calderón, y candidato á la primera plaza de Académico de la Historia que vaque.» Y *se* publicaba como documento colombino.

¡Había que verle, en aquella blancura del papel satinado; limpio, sonriente, con cara de genio comprendido á medias, mirando vagamente á la inmensidad, como quien contempla los arcanos del pasado y del porvenir!...

En la segunda hoja, y en tamaño así como la mitad del retrato de Panchampla, *salía* un busto borroso con esta leyenda: «Cristobal Colón, almirante, presunto descubridor de las Indias occidentales, que él tomó por las otras.»

La moraleja de esto que no *es cuento propio*, sino historia ajena, consiste en lo siguiente:

—¡Padre nuestro que estás en los cielos! si has de consentir que á la sombra de los grandes hombres medren y se den tono tantos majaderos... no cries en adelante más que honradas medianías, sin Centenario posible.

Para ver lo que estamos viendo *por culpa* del Centenario de Colón, más vale decir:

«¿Colón dió un mundo á España?

Bueno; pues devolvérselo.»



LA MUINEIRA

RAPSODIA I

Canta, diosa, del *agustinoide* Muiños la cólera desastrosa, que abrumó con males infinitos á toda la Orden y precipitó en el Tártaro de lo ridículo sublime la vanidad de varios frailes confabulados para hacerse inmortales á costa de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién le arrojó en esta desesperación? No fue ningún dios, sino casi casi un pobre diablo, el humilde *Clarín*, que no se hace jamás de miel, para evitar que le coman las moscas de la baja crítica. No se queja el P. Muiños de que le hayan arrebatado á ninguna Kriseya, como no llamemos así á la pícara vanagoria con quien vivía en punible y dañado ayuntamiento; quéjase porque el que suscribe (y perdónese

la frase, poco digna de la epopeya), en vez de procurar, como otros, ganar amigos, hasta en la soledad del claustro (adonde llegan *Insolación* y el *Madrid Cómico*), en cuanto vió que el agustino de Soria era un poetastro cursi y un crítico detestable, de los que sacan el Cristo en estética y le arriman, como si fuera ascua, á su sardina, le dió su merecido con el soberano desdén, y la burla anexa, que siempre dedica á escritores de tal estofa, sean clérigos ó seglares, militares ó paisanos, padres descalzos ó de caballería (con botas) ó capuchinos de bronce.

Lo que quiere hacer el P. Muñíos es una especie nueva de simonía por la que no se puede pasar. En el mundo ha habido muchas clases de religión; las ha habido absurdas, en la forma á lo menos, terribles, inhumanas, pero jamás ha existido una religión... cursi. Una religión cursi no podría vivir ni un día. Los ídolos de fuego abrasando á los niños inocentes son horrorosos, pero no son cursis. Aquellos dioses, hasta ridículos en la forma, que vió Loti en Kioto, y de que se reían los mismos japoneses, eran ridículos... pero no cursis.

Lo cursi en la religión nacería si se dejara arraigar el nuevo *jesuitismo* de bajo vuelo y contrahecho que, imitando antiguas sutilezas y habilidades que no comprende, quiere conquistar las almas por el *similia similibus*, descendiendo, y

ahí está lo malo, á atemperarse á los usos y las ideas y sentimientos de la necedad, como si en la necedad la fe de Cristo pudiera recoger algún fruto.

Muy arriba tendríamos que subir si quisiéramos llegar á la más alta fuente donde empieza á notarse ese saborcillo cursi; pero no es esta ocasión, siendo tan insignificante el sujeto, de explicar cómo y por qué no es una fortuna para la vida religiosa moderna que tengamos, verbigracia, un Papa digno de ser académico *de la de ciencias morales y políticas*, y también de *la de la Cruca*. Más abajo, mucho más abajo, pululan los clérigos *modernizados*... como el vulgo moderno, y unos son obispos, como pudieran ser directores de la Tabacalera, y otros son redactores de *La ciudad de Dios*. Pues... aquí que no peco. Un escritor-zuelo cualquiera, lego, en el que no hay que respetar corona de ningún género, ni nada que imprima carácter; que no tiene la representación mística de una fe secular veinte veces, si es un majadero con su pan se lo coma... y al abismarse en su necedad, se hunde él solo. Pero todo sacerdote de Jesus, por serlo, está en una altura; de él al Ungido va una cadena sagrada; y es horroroso, desespera por lo absurdo, que un similar del *Presbyteros Joannes*... sea un cantor de la llegada del tren á Soria, un *vate* que puede un día

subir á obispo—y á eso tirará—y que á pesar de la imposición de manos será un Cabestany, un Cortón más, un literato cursi.

Para el P. Muiños, que tiene por pedestal la obra de San Juan, San Pedro y San Pablo, la santa Iglesia, ni más ni menos que para tantos literatue-los desairados ó desagradecidos, que no tienen más pedestal que las suelas de sus zapatos, tal vez rotos, *Clarín* fue una persona importante mientras se esperaba algo de él, y después del desengaño... un criticastro, un quidam.

La Iglesia católica ahora, como en todo tiempo, quiere amoldarse en lo posible al género de vida actual para conseguir mayor eficacia en la propaganda y en el ejemplo; está bien. Pero así como en la Edad Media el sacerdote no descendió hasta el punto de hacerse bufón para influir en los palacios, así ahora al influir en el siglo, al influir en la democracia no debe descender hasta copiar la vida frívola, disipada, insignificante, tediosa, cursi del vulgo letrado, de los chupatintas de los periódicos. La Iglesia puede y debe tener escritores, porque los necesita; pero si en materias que directamente le importan, como teología, moral y otras análogos, cabe que al lado de los hombres eminentes admita el auxilio de las medianías, cuando se trata de asuntos del todo profanos sólo debe admitir que en ellos la representen, en cierto modo, espíri-

tus distinguidos, almas escogidas, de la aristocracia intelectual, porque éstas honran á la comunidad de los fieles y sirven á la causa, al mismo tiempo que son útiles al progreso general y extrareligioso. Mas el clero vulgar (obispos, presbíteros ó diáconos), que en su misión religiosa tiene toda la grandeza de su sacerdocio, pero que en la profana no es más que vulgo añadido á vulgo, ¿para qué quiere la Iglesia que se le meta á periodista, ó crítico de libritos nuevos, crítico de esos que dicen que esto les gusta y lo otro no y se quedan tan frescos? ¿Para qué quiere la Iglesia poetastros que nos llaman impios si nos burlamos de sus ripios dedicados á las cosas santas? ¿Se retira un cristiano del mundanal ruido para eso, para leer y *analizar* los platos del día de Cavia, los paliques de *Clarín* y las crónicas de Ortega Munilla? ¿Representan el ascetismo frailes inocentones (en medio de sus malas pasioncillas) que recuerdan á esos críticos de pueblo y á muchos aficionados de América, tan enterados de menudencias literarias que comentan prolijamente con un entusiasmo digno de mejor causa y de mejor estilo?

¿Por qué un fraile ha de ponerse en el trance de que yo tenga que decirle cuatro frescas y verse él apurado por la ira, lleno de hiel, olvidado de toda caridad, entregado á la vanagloria hasta el punto de alabarse á sí mismo?

No; este *jesuitismo* moderno no es como el antiguo; se mete demasiado en la vida secular, imita en ella lo insignificante, lo irremediamente pecceder y profano, lo absolutamente seco de todo jugo religioso. «Si yo dije, si dijo doña Emilia, si Balart vale, si yo no valgo...» todo eso es miseria pura, pequeñez literaria de que ningún provecho puede sacar un fraile para la viña del Señor.

El P. Muiños quiere hacer solidario al cristianismo de sus versos y de su prosa. Por aquello de que la Iglesia es el sol y el Imperio la luna, quiere demostrarnos que sus poesías á los trenes de Soria son bellísimas. ¡Absurdo! «Que la suprema belleza no puede menos de encontrarse en el Bien;» sea; pero, así y todo, ¿no puede ser el P. Muiños un majadero?

Y lo es, como se demostrará en la Rapsodia II.

RAPSODIA II

«Yo no sé qué pensar, y perdonadme un rasgo *subjetivo*; yo soy un hombre condenado siempre, fuera de la inocencia á ser un niño. ¿Os reís? Pues oídme en confianza y os lo diré al oído. Cada vez que paseo por la Dehesa ¡me entra una tentacion de coger grillos!»

¿Creen ustedes que es grilla? Pues así *canta* el P. Muiños, el grandísimo *subjetivo* y grandísimo...

Y él cree que eso es poesía, ¡vaya si lo cree! Y poesía bellísima, ¡como que lo dice él mismo! Es claro, se le murió su abuela (véase la nota (1) de la página 379 de *La Ciudad de Dios*, en la *composición* titulada ¡Ya llegó el tren!), y el Sr. Muiños ¡qué ha de hacer! alabarse á sí propio.

Y si no, oigan ustedes este *rasgo subjetivo*. Dice el P. (de P. y P. y W.), para darme envidia y darse tono: «*Precisamente* poco antes que su primer *palique*, reducido á barajar... los versos latinos del papa... y mi modesta *composición* titulada *Yá llegó el tren*, recibía yo, como *compensación* más que suficiente, una traducción de la misma poesía en *bellísimos* versos franceses.» ¿Eh, qué tal? Si la traducción es bellísima, de bellísimos versos, ó no es traducción, ó dirá lo que el original y si es fiel, la belleza no puede *emanar* de la traducción, sino del original. El que alaba, no por correcta, exacta, fiel, etc., etc., la traducción de una poesía, sino por *bellísima*, alaba la poesía misma. ¡Hay, padre, padre! ¡Y es esa la humildad del Crucificado! (¡Y bien crucificado!) Quisiera yo ver los bellísimos versos en que se dice en francés eso de coger grillos!

Quisiera ver también en cualquier lengua viva ó muerta, ó mechada, la traducción del *párrafo* siguiente, como dice un *crítico*, al copiar una estrofa:

Engendró de poeta y de filósofo

(Advierto que esto no es lo del otro día; hace algunas semanas copiaba yo algunos versos de *Ya viene el tren*, en que Muñíos se llamaba filósofo y poeta... Pues bien, estos son otros versos, de la misma poesía, pero otros.)

Engendro de poeta y de filósofo,
Mezcla de hombre y de niño,

(*Fuera de la inocencia... y de la corona.*)

Todo problema por igual me asusta,
Los de la álgebra igual que el socialismo.

Nota del P. Muñíos: «Los catedráticos de la sección de Ciencias del Instituto, allí presentes al leerse esta composición, rieron mucho esta estrofa (lo creo, yo también me hubiera reído, aun sin pertenecer á la sección de Ciencias) por las abundantes pruebas que poseen de mi miedo cerval á los problemas algebraicos.»

Ya lo oyen ustedes; al P. Muñíos que le den filosofía y poesía, pero las matemáticas no le entran... Lo que debe hacer el buen *agustiniano*, como dicen *ellos*, es echar una mano para ayudar á la *Reforma literaria* de D. Lorenzo d'Ayot. Muñíos, en su género, resulta un D. Lorenzo por todo lo eclesiástico, á quien por poco tomo yo en

serio. Ahora ya sé á qué atenerme; después de la lectura íntegra del *tren mixto* no cabe tratar al fraile sino como á respetable caso de psiquiatría; es un enfermo de *literatura*. Conocido, conocido. Casi casi viene á confesarlo él mismo..

No siempre el corazón y la cabeza
están en equilibrio...

¿Siente usted mareos á veces, verdad? ¿Se le figurá que tiene la cabeza como un bombo?... ¿Ó como una olla de grillos... de la *Dehesa*? ¿No es así? ¡Oh, ciencia! ¡Oh! Lombroso!

Quiero poetizar, y á veces pienso

(Piensa á veces, no siempre.)

Y otras quiero pensar, y poetizo.

¡Pobre! Empieza por creer que el que *poetiza* no piensa, y que no cabe pensar y *poetizar*.)

Allí se cree, y se trabaja y se ama.

(No le midan ustedes los versos, midanle el cráneo.)

Se baila los domingos
Y la cuestión social tienen resuelta
Con un poco de pan y de cariño.

¡No hable usted de socialismo, hombre! No ¿recuerda que le asusta, como si fuera álgebra?

¿Pero quién dirige *La ciudad de Dios* (¡qué profanación de nombre!) que permite que se inserten estas cosas? ¿Qué dirán los protestantes y hasta los espiritistas! Otro *escritor* de la *orden* (que es un desorden) habla de «las esferas peliagudas.» ¡Esferas agudas, aunque tengan *peli*, no las hay, P. Miguélez!

Pero volvamos á Muiños.

Este bendito señor (que puedè que sea un excelente *cura* y un corazón de oro, en sacándole de sus literaturas) me llama ahora á mí atrabiliario criticastro; me desprecia, me pone como una rodilla de fregar... soy para él menos que nada... Eso, ahora. Pero antes, cuando yo no le había sacado á relucir el *tren*, me tenía nada menos que por jefe de una escuela en España.

Decía así:

«Ya en una serie de artículos que publiqué el año pasado en esta misma Revista, con el título de *Realismo galdosiano*, hice notar esta injusticia (la de creer á Galdós gran novelista. Según el P. Muiños, la Pardo Bazán es mejor novelista que Galdós) de la escuela capitaneada en España por *Clarín*.»

De modo que, según el padre, antes del descarriamiento, yo era el capitán de realistas, el jefe de los que proclaman á Galdós nuestro *superior*

novelista. ¡Ahí es nada! Y ahora criticastro atrabiliario.

Pero hay más; el P. Muiños confiesa que él hasta hace poco se había pasado la vida leyendo literatura antigua, y que en estos últimos tiempos, para enterarse de lo moderno, «para responder á las contingencias de la discusión,» procuró poseer «datos más frescos y copiosos, y saboreó las producciones más recientes y más *lozanas* del arte naturalista;» y aunque maldice de tal arte, el padre Muiños declara que leyó, al fin indicado... los *Rougon Macquart* de Zola... y *Su único hijo*.

Pues señor, si yo soy un *cualquiera*, ¿por qué va usted á leer libros míos para enterarse de lo que produce una escuela que usted quiere *estudiar* para combatirla?

Si yo quiero juzgar la literatura católica del siglo XIX, ¿cree usted que me voy á acordar del *tren* de Soria?

Lo que hay aquí, P. Muiños, es que usted es de los que gustan de *ganar amigos* para su vanidad, y juzgando por la propia la ajena, y juzgando también por datos que ofrece la *tolerante* época moderna, se echó esta cuenta: «Á nadie le duele que hablen mal de su *escuela*, de sus *principios*; lo que duele es el ataque al propio mérito. Si á doña Emilia Pardo le digo que anda por mal camino, que fuera del *redil* no hay más que perdición, etc., etc., no se

enfadará, aunque lo finja; y como estos son panes prestados, siempre y cuando que yo la adule *personalmente* y le diga que vale más que Galdós, se dará por muy satisfecha y hablará de mí, y fingiré que me reñimos; y todo lo pagarán las pobres *ideas*; mientras que, incienso va, incienso viene, nosotros nos esponjamos, y al *realismo* y al *tomismo* y á Zola y á Jungmann que los parta un rayo.»

Más creyó el P. Muiños: creyó que con *Clarín* iban á servir estas tretas... Y pensó: «Para ganárnosle, pongámosle entre los importantes... hablemos de su *perniciosa influencia*, de su *deletérea escuela*; digamos que en sus novelas, como en las de Zola, el asqueroso naturalismo, etc., etc., hace estragos. Y el chico se quedará tan ancho, y le importará un bledo que hablen mal de su escuela si á él se le reconoce categoría.»

Pero el P. Muiños no contó con la huéspedada. La huéspedada es que á perro viejo no hay *tus tus*, y que yo no soy una *doña Emilia* ni quiero para nada el incienso, aunque venga disfrazado, de escritores dejados de la mano de Dios en materia de gusto. ¿Qué puede importarme á mí que el hombre del *tren de Soria* me llame capitán ó ranchero?

Lo que yo deseo, y por eso le he sacado á usted á relucir, por no decir otra cosa, es que en una

Orden religiosa cristiana, heredera de tantas glorias, no pasen como representantes de la inteligencia y el gusto hombres como usted, á quien, sea lo que quiera de la *sustantividad del arte*, le falta un tornillo y una porción de tuercas.

Yo soy más cristiano que usted, P. Muiños. Créalo. Yo deseo que ningún sacerdote de Jesus se ponga en ridículo; yo deseo que no haya *matoides* de pluma que para proclamarse críticos por excelencia, resuciten las teorías de Inocencio III y de Gregorio VII aplicándolas al arte.

Porque el P. Muiños se explica así: «...Dada mi creencia en el hecho, y partiendo de él como principio (partir de un *hecho* como *principio* es no saber lo que es principio ó ignorar lo que es *hecho*), deduzco la falsedad de los que yo considero como arte y crítica anticristianos.» Á partir de una *creencia*, el P. Muiños deduce la *falsedad*... y proclama que «la verdadera crítica es la cristiana;» es decir, la que él entiende por tal, la que según su *creencia* es la cristiana. Vamos, la *suya*, la del que inventó las *esferas peliagudas* y la de otros dos ó tres frailucos.

¡Ay, P. Muiños! ¡Si usted supiera qué de cosas hay en el arte, y en el cristianismo y en todo el mundo, que usted no sospecha tan siquiera que existen!

Ya que usted anda buscándome defectos y pe-

cados, ¿quiere que le diga cuál es mi mayor delito en todo este barullo?

Pues cualquier persona sensata (tal vez el mismo P. Blanco García, que no tiene gusto, pero es prudente, estudioso, juicioso) se lo pueda decir:

Mi delito consiste en haberme metido con usted, en haberle disgustado, en no haberle dejado en la tranquila beatitud en que usted confunde las ventajas traídas á la civilización por Jesucristo con los méritos poéticos y *críticos* con que adornó la naturaleza á vuestra paternidad, á quien deseo larga vida. Amén.

Por último: El P. Muñós, que piensa que por ser *cristiano*, ó parecerlo, ya es el crítico perfecto, ignora muchas cosas. Ignora, por ejemplo, que eso de que «lo bello es el resplandor de lo verdadero» es un falso testimonio que le levantan á Platón. Platón *no ha dicho tal cosa en ninguna parte*.



ENTRE FALDAS

¿Cómo *se rotula* el jefe, amo, director ó rabadán de los agustinos?

Llamémosle ó *rotulémosle* general, como el de los jesuitas, que hasta á los frailes, monjes y demás gente de claustro paterno les gusta jugar á los soldados.

Pues bien, mi general: esto ya no puede tolerarse. Esos agustinitos ó capuchinos de bronce del Escorial (hablo de la sección de letras, pues de los demás nada tengo que decir) están locos de remate y no se resignan á pasar por lo que son, literatos cursis y sin gusto, gente ridícula, en cuanto poetas y críticos; sea lo que quiera de todo el dogma, de toda la moral y de toda la disciplina.

Habíamos quedado, mi general, en que su rei-